

Andrés Tagliaferro

Agua, aliento y hielo: Mi día de maratón

El 16 de febrero de 2025 amaneció con una energía palpable, una mezcla de nervios y emoción que flotaba en el aire caraqueño. Era el día del Maratón CAF 2025, un evento que había marcado mi vida durante años, pero que este año se presentaba de una manera completamente diferente para mí. Diagnosticado con una enfermedad rara que me había arrebatado la posibilidad de correr, me encontraba al margen de la competencia, pero no de su espíritu. Aunque mi cuerpo ya no me permitía participar como corredor, mi corazón seguía latiendo al ritmo de la carrera.

Madrugué con el propósito de apoyar a mis amigos, un trío de valientes que se habían inscrito en el desafío de los 42 kilómetros. Lo que no imaginaba era que mi papel en este maratón trascendería el de simple espectador. Aquel día me convertí en parte activa de la carrera, no con mis piernas, sino con mi voluntad de ayudar.

Desde mi puesto a la altura de Parque Cristal, el corazón me latía con fuerza al ver a los corredores pasar. Me podía imaginar a mis amigos, con determinación en sus rostros, acercándose hacia mí con paso certero, conquistando la ciudad. Mientras los esperaba, se cruzó en mi camino una corredora que parecía desfallecer. Su esfuerzo me conmovió profundamente, y sin pensarlo, le ofrecí una botella de agua con electrolitos. Su agradecimiento fue una chispa que encendió algo en mí. En ese momento, ocurrió algo inesperado: la marea humana me envolvió y mi atención se extendió a cada uno de los participantes.

A partir de ese instante, me convertí en un improvisado punto de apoyo. Botellas de agua helada se multiplicaban en mis manos con ayuda de los voluntarios del Maratón CAF. Corría breves tramos junto a corredores exhaustos, ofreciendo palabras de aliento. Cubitos de hielo se transformaron en alivio momentáneo, deslizándose dentro de las medias recalentadas por el asfalto. Cada gesto, cada palabra, era un intento de transmitir la energía que mi cuerpo no podía liberar corriendo. Me di cuenta de que, aunque no podía

correr, podía ser parte de la carrera de otra manera: ayudando a otros a alcanzar sus metas.

La espera se hizo eterna, pero finalmente los vi aparecer. Uno por uno, mis amigos, demacrados pero victoriosos, se acercaban a mi puesto. Me asusté al verlos, apenas podían hablar, pero sus ojos brillaban con el orgullo de alguien que supera sus propios límites. De la emoción, corrí al lado de la primera de ellos, acompañándola por un kilómetro, sintiendo cada uno de sus pasos como si fueran míos. En ese momento, la línea entre mi imposibilidad y su logro se desdibujó, creando una conexión profunda, un acto moderno de generosidad desinteresada. Luego regresé a mi lugar, con el alma inflada de emoción.

Cuando el último de mis amigos se alejó, un vacío curioso se apoderó de mí. La adrenalina seguía fluyendo, la energía seguía buscando una salida. Era una sensación inexplicable, un eco de los kilómetros que mi cuerpo anhelaba recorrer. Sin dudarlo, volví a casa, me puse mis zapatos y salí a correr. Un modesto circuito de 3 kilómetros alrededor del Parque del Este fue suficiente para recordarme una verdad ineludible: una vez corredor, siempre corredor. Aunque mi cuerpo ya no podía soportar largas distancias, el simple acto de correr, aunque fuera por un corto tramo, me devolvió la sensación de libertad y superación que tanto extrañaba.

El Maratón CAF 2025 fue una lección inesperada. Me demostró que la victoria no siempre se mide en tiempo o distancia. Que el espíritu de un corredor trasciende la capacidad física, y que el apoyo, la solidaridad y la pasión pueden ser tan gratificantes como cruzar la meta. Vi en cada rostro de los corredores una alegría y determinación que me atreví a sentir como propias, invitándome a superar mis límites y a poner los ojos en la carrera de 2026.

Aunque este año mi cuerpo no me permitió correr, mi corazón encontró una nueva forma de participar. Estar al margen de la carrera me permitió apreciar otra cara del maratón: la fuerza de la comunidad, la capacidad de superación y la alegría de compartir el camino, aunque sea ofreciendo un simple vaso de agua. Me di cuenta de que el maratón no es sólo una competencia individual, sino un evento colectivo donde cada persona, ya sea corredora, voluntaria o espectadora, juega un papel crucial.

Este maratón me regaló una nueva perspectiva, una comprensión más profunda de lo que significa ser corredor. Y aunque mi enfermedad haya cambiado mi forma de correr, no ha logrado apagar mi espíritu. Acepto mis circunstancias y sigo adelante, porque cada paso es una oportunidad para crecer y amar la vida. Aprendí que la vida, al igual que un maratón, no se trata solo de llegar a la meta, sino de disfrutar el camino, de superar los obstáculos y de apoyar a quienes nos rodean. Así que nos vemos, más allá de la meta, en el Maratón CAF 2026.